

Óscar MAZÍN, *Entre dos majestades*. México, El Colegio de Michoacán, 1987, 305 pp.

El autor analiza en su obra un momento de crisis en la convivencia tradicional entre dos potestades: la Iglesia y la corona, crisis que se había mantenido a lo largo de la colonia en la Nueva España. Aunque esta crisis no es propia de la relación Estado-Iglesia sino que se manifiesta en muchos de los ámbitos de la vida social novohispana, el autor estudia las relaciones entre ambos poderes modificados por el proceso de secularización y por el regalismo exacerbado de la corona.

El marco geográfico estudiado en la obra es el de la diócesis de Michoacán; los años que abarca son los de la década de 1760; el personaje es Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, obispo de Michoacán entre 1758 y 1772. La temática principal se centra en la reacción del obispo ante las reformas eclesiásticas implantadas por Carlos III, así como en el impacto social de esta nueva política.

La postura adoptada por el prelado es el meollo del asunto. ¿Seguía el obispo la tendencia llamada regalista, orientada a aumentar el poder real absoluto o, por el contrario, era partidario de la concepción ultramontana por la cual algunos miembros del clero se oponían a que el rey interviniera cada vez más en asuntos internos de la Iglesia?

La posición del obispo muestra que las nuevas medidas no fueron acatadas servilmente en sus diócesis. Una resistencia hacia ellas se fue haciendo cada vez más evidente. A medida que el reformismo borbónico con su creciente secularismo y su interés por limitar el poder moral y económico de la Iglesia se implementó en la colonia, se hizo más notoria la incompatibilidad de las nuevas reformas con el proyecto tradicional de la Iglesia.

Por otra parte, la necesidad de la corona por lograr un control más efectivo sobre sus virreinos muestra el conflicto de poderes tanto a nivel novohispano como peninsular, factor que trajo descontento no sólo entre los miembros del clero sino también en ciertos grupos y corporaciones que vieron afectados sus intereses. El autor señala, por lo tanto, que “la crisis de la convivencia tradicional se había ya desatado, y tomaba la forma de una resistencia generalizada a las medidas reformistas de parte de la mayoría de los grupos sociales del obispado” (p. 231).

El autor, al presentar este conflicto entre dos majestades, analiza otras situaciones importantes que vale la pena destacar. Por una parte presenta un cuadro de la situación económica y social de la diócesis. La jerarquía llegó a tener una visión clara de las

condiciones en que vivía la población a través de sus visitas pastorales y se daba cuenta del peligro de violencia que existía entre los miembros de las parroquias. Se muestra entonces el abatimiento económico en que vivía la población en los años sesenta en Michoacán: la escasa producción de los reales de minas, el despido de los jornaleros de las haciendas, las epidemias que se reflejan en la baja de la recaudación de los diezmos que daba como resultado una diócesis pobre. El diezmo, principal ingreso eclesiástico, lo pagaban los feligreses anualmente como porcentaje del fruto de su trabajo y lo administraba el cabildo catedralicio a través de dos oficinas, la colecturía que lo recibía, y la haceduría que lo contaba. El diezmo dependía en gran medida del clima, de las cosechas y, en general, de la producción. La explosión del volcán de Jorullo en 1759, el abatimiento de los precios de las semillas y del ganado, el reclutamiento de un ejército colonial con el cual la mayoría de la población estaba descontenta, fueron otras causas del malestar popular de estos años. El autor destaca en estos momentos difíciles la influencia de la Iglesia en la preservación del orden social.

El tema de la secularización de las parroquias aparece bien desarrollado, y aunque no es el principal, se aborda de manera clara y permite ver de qué manera y qué dimensiones alcanzó el conflicto entre el clero regular y el secular. El primero, apoyado muchas veces por autoridades importantes, lograba mantener sus parroquias así como sus privilegios en contra de los seculares. Los litigios sobre quién debía quedar como poseedor de los bienes eclesiásticos eran largos y acalorados. Aunque Pedro Sánchez de Tagle se ciñó en todo momento a la legislación secularizadora, para él, dice el autor, "la transferencia de las doctrinas al clero diocesano constituyó el asunto más enfadoso de la primera mitad de su gestión" (p. 40).

A pesar de los problemas de la secularización, la mitra tuvo oportunidad de realizar una serie de obras culturales como la construcción de la casa-colegio para monaguillos, el gran Retablo de los Reyes, la iglesia de San José, en cuya fachada se representan las dos majestades, pero sobre todo la construcción del Seminario Tridentino de San Pedro, que formaría más tarde a los ilustrados michoacanos y a la generación de la independencia (p. 117). Este nuevo seminario significaba "el mayor timbre de gloria de una gestión episcopal en constante forcejeo con el poder real" (p. 183).

El autor destaca entonces que el impacto de las tendencias secularistas y del reformismo borbónico fue brutal. Aunque éste se puso de manifiesto en todos los niveles fue muy notable en el ecle-

siástico, a raíz de los primeros intentos de militarización de la Nueva España y de la visita llevada a cabo por José de Gálvez entre 1765 y 1771. Gálvez emprendió una verdadera revolución burocrática tendiente, entre otras cosas, a limitar como nunca antes las atribuciones de la esfera eclesiástica. Su visita a Michoacán puso de manifiesto hondas contradicciones entre la administración borbónica y el clero, de tal manera que, dice el autor, si en algún momento don Pedro Anselmo fue o se sintió reo de dos majestades ahora estaba claro que sólo lo era de una (p. 172).

Los años 1766 y 1768 fueron para el obispo la culminación de una serie de asedios y restricciones a su autoridad, que lo llevaron a pensar que la limitación a la autoridad eclesiástica había tomado ya un corte de guerra abierta. Los tumultos populares de estos años, la expulsión de los jesuitas y los ataques que sufrió el obispo y el cabildo eclesiástico culminaron con la ruptura formal de intereses entre la Iglesia y la reforma de la corona.

La obra demuestra que el autor conoce el tema y lo trata con seriedad, basado en una serie de fuentes primarias importantes tales como las actas de cabildo y las actas capitulares, en el Archivo del Cabildo de la Catedral de Morelia, Manuscritos del Archivo Histórico Manuel Castañeda Ramírez, así como documentos del Archivo General de la Nación y del Archivo de Notarías. Bien utilizadas en su análisis, con algunas de ellas presenta al final una serie de apéndices que amplían la visión sobre la administración eclesiástica de las parroquias y de la diócesis michoacana.

La figura de don Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, obispo de Michoacán, ejemplifica cómo tuvo que manejarse y actuar un obispo que se encontraba entre dos majestades, la divina y la humana, en un momento de crisis, de ruptura de la concepción tradicional del poder, en donde la razón empezaba a tener más importancia que la fe: ¿una crisis de conciencia o una crisis de existencia?

Tal vez el autor hubiera podido prescindir del carácter un tanto apologético al tratar la figura del obispo. Si el lector lo hace, podrá encontrar un buen retrato psicológico del obispo protagonista, un claro panorama de la situación económica y social de la región, así como del impacto de las nuevas ideas y medidas de las reformas borbónicas en la Iglesia y en la sociedad michoacana entre 1758 y 1772.

Marta Elena NEGRETE SALAS